

TRAYECTORIA DE LA REVOLUCION MEJICANA

Sus origenes, sus etapas, su estado actual, sus perspectivas.

Por

Hernán Laborde

Damos comienzo a la Sección que «Trabajo» dedica a Méjico, con este resumen de la revolución mejicana, escrito por el Sr. General del Partido Comunista de Méjico, compañero Hernán Laborde.

Creemos que así nuestros lectores comprenderán mejor la política actual del Presidente Cárdenas.

En cierto modo y hasta cierto punto podría decirse que en México la revolución burguesa democrática no empezó en 1910, sino cien años antes con las guerras de independencia.

Los insurgentes luchaban contra el despotismo y el monopolio del poder por los españoles, luchaban por libertades y derechos democráticos en el espíritu de las revoluciones americana y francesa. Los insurgentes mestizos e indígenas luchaban, además — y esto era lo decisivo, — por la tierra que detentaban los criollos, los españoles y el clero.

Pero hacía falta otro factor esencial: la burguesía revolucionaria, interesada en acabar con el feudalismo y bastante fuerte para lograrlo.

En el México de la independencia, la clase dominante nativa eran los criollos, no burgueses sino hacendados. Los criollos estaban interesados en arrebatar el poder a los españoles; pero se aliaron a España al advertir el peligro de la revolución popular, agraria (decreto de Morelos sobre la confiscación y el reparto, de las grandes propiedades), que amenazaba al latifundio.

A las masas populares, compuestas de mestizos e indígenas, les faltó el jefe, la burguesía revolucionaria. No teníamos ni podíamos tener una burguesía nacional, porque durante el coloniaje faltaron las fuentes de acumulación de capital mexicano. El monopolio comercial de España y sus leyes prohibitivas impidieron el desarrollo de la industria manufacturera. El comercio y las minas estaban en poder de españoles y el agio en manos del clero.

Los políticos pequeños burgueses, intelectuales mestizos y algunos indígenas, eran incapaces de desarrollar la revolución democrática hasta su triunfo completo. Todos los jefes del movimiento popular, desde Guerrero hasta Juárez, pasando por Juan Álvarez, Gómez Farías, etc., se dejaron influenciar y amenudo manejar por los criollos reaccionarios, o simplemente conservadores, y aún "liberales", que se las arreglaban siempre para frenar y a veces para rechazar la revolución democrática.

La alianza de Iturbide con Guerrero es la primera maniobra de los terratenientes criollos para salvar sus propiedades cuando la independencia era ya inevitable. Después, en cada lucha victoriosa del pueblo contra la reacción, una parte de ésta se disfraza y se cuele en el partido popular o liberal, para seguir frenando la Revolución y preparando nue-

vos golpes contrarrevolucionarios. Este es el caso de Comonfort en la revolución de Ayutla y el de los cor-tesanos del llamado Segundo Imperio, que al triunfo de Juárez resultaron miembros prominentes del Partido liberal.

La gran maniobra de los terratenientes reaccionarios ha consistido, a lo largo del siglo XIX, en desviar el ansia de tierra de las masas populares hacia la lucha contra el clero, para impedir el triunfo de la verdadera revolución democrática, popular, que fundamentalmente debía consistir en la ocupación de los latifundios y en su reparto al pueblo mestizo e indígena.

Desde la independencia, el principal terrateniente no era el clero, sino el hacendado criollo. Por eso era infantil o malintencionada la pretensión de resolver el problema del campesinado con las tierras de la iglesia. Pero además, las tierras arrebatadas a la Iglesia no beneficiaron al pueblo, que no podía comprarlas, sino a los hacendados criollos y a los nuevos terratenientes o capitalistas, europeos y americanos.

Los intelectuales pequeños burgueses que acudían a los gobiernos populares, desde los "yorkinos" de Zavala hasta los liberales juaristas, no se atrevieron jamás a emprender ni siquiera una reforma agraria más o menos profunda y extensa.

Esto no quita a las leyes reformadoras, desde las de Zavala hasta las de Juárez, pasando por las de Gómez Farías, su valor progresivo, por cuanto asestaban duros golpes a la reacción clerical y despejaban el camino para el desarrollo ulterior del movimiento democrático. En lo que concierne a Juárez, su ofensiva contra el clero es inseparable de su lucha contra la invasión francesa, contra Maximiliano y sus generales por la independencia del país.

El Gobierno de Porfirio Díaz ofrece un ejemplo típico de la degeneración de ciertos caudillos populares, determinada por intereses económicos (haciendas, negocios etc.), que los conducen a la coalición con las clases reaccionarias. Ese gobierno señala el paso a una etapa, en la que el capital extranjero empieza a invadir a México y a poner las bases de la dominación imperialista actual. Desde la independencia, la penuria de la nación, la falta de capital acumulado y de una verdadera burguesía mexicana, nos ofrecen el espectáculo de pobres gobiernos fúnebricos que empuñan las aduanas y ofrecen a los capitalistas británicos la po-

sibilidad de meter la mano en los asuntos económicos (y políticos) de nuestro país. Desde entonces, con el yanqui Poinset y los enviados ingleses, comienza la pugna entre los Estados Unidos e Inglaterra por el predominio económico en la nueva República.

Esta penuria; esta falta de burguesía nacional y la ausencia de mercado interno por la miseria de las masas populares esclavizadas durante la colonia, y cuya situación había cambiado poco después de la independencia, más una serie de factores naturales — la falta de carbón y hierro, de ríos navegables, la pobreza del territorio, etc., — todo eso impidió el desarrollo capitalista independiente del país y lo dejó a merced del capital extranjero.

La invasión del país por el capital imperialista, inglés y yanqui, la absorción de las minas, la legislación de baldíos, los deslindes que crearon nuevos latifundios y arrebataron sus tierras a los campesinos e indígenas, las concesiones ferrocarrileras, los grandes negocios en que la vacante burguesía (particularmente los científicos), jugaba el papel de comisionista para entregar las riquezas del país al capital extranjero, un relativo desarrollo de la naciente industria de transformación textil, la brutal dictadura de Díaz con sus jefes políticos y sus rurales, el despotismo del terrateniente, con sus acordadas y sus cepos, la leva y la esclavitud de los desterrados a Yucatán la salvaje represión de las rebeliones indias (yaquis, mayas, corras), las matanzas de obreros en Río Blanco y Cananea, la explotación sin freno y la miseria creciente de las masas populares — todo esto crea las condiciones para el nuevo estallido de la revolución democrática.

reaccionarios, con el apoyo de la Embajada Yanqui. De aquí viene el cuartelazo, el asesinato de Madero y la dictadura de Huerta.

A Huerta lo tiró ante todo el empuje de las masas que seguían a Zapata y a Villa, a los generales de Carranza. Los obreros y pequeños burgueses que se enrolaron en los ejércitos de Carranza, lo hicieron, atraídos por sus consignas nacionales, en cierto grado anti-imperialistas, muy propias para movilizar a un pueblo oprimido por el capital extranjero. Los campesinos luchaban ante todo por la tierra. El sufragio efectivo, la no reelección, el constitucionalismo, etc., todo eso ha tenido su importancia; pero no fué nunca lo decisivo. El verdadero lema de la Revolución ha sido éste: TIERRA Y LIBERTAD.

Como Madero, Carranza no quería la revolución agraria ni la lucha a fondo contra el imperialismo. Carranza frenó la lucha por la tierra y se opuso a los primeros repartos de 1913. Pero la presión de abajo continuaba, y una vez más fué el zapatismo la palanca impulsora de la Revolución. Aconsejado por Luis Cabrera, Carranza lanzó su Ley de 6 de Enero de 1915, para arrebatarle a Zapata su bandera y las masas que lo seguían.

La Constitución de 1917 expresa la presión popular y el avance incontenible de las dos corrientes de la Revolución: la corriente agraria y la corriente anti-imperialista, ligadas en un mismo Artículo, el 27 que otros complementan con reformas educacionales y concesiones al proletariado. La Constitución expresa además, en parte, la resistencia de un sector de la burguesía nacional a la penetración y la opresión del país por el capital extranjero.

Para transformar en realidad los preceptos de la Constitución de 1917, que Carranza aplicó sólo en grado mínimo, fué necesaria la sublevación de 1920, con el movimiento de masas suscitado por el General Obregón y fué preciso un nuevo empuje del movimiento popular, apoyando a Calles contra el golpe delahuertista, para extender las dotaciones de tierras, desarrollar el movimiento obrero e impulsar la organización de las masas campesinas.

Las vacilaciones de la burguesía y los terratenientes liberales, y de sus aliados pequeños burgueses, visibles ya en el famoso Pacto de Bucareli, donde Obregón se comprometía a no afectar para dotaciones de tierra las propiedades yanquis, conducen bajo Calles a la capitulación del grupo gobernante, que se entrega al imperialismo a través de su «amistad» con Monrow. El movimiento

sindical degenera en manos de Monrones y se convierte en apoyo incondicional del callismo: La lucha armada de marzo de 1929, representa, como la anterior de 1923-24, un intento del imperialismo inglés para reconquistar su influencia perdida, y un triunfo aplastante del imperialismo norteamericano, que en 1929 apoyaba a Calles, como en 1923 había apoyado a Obregón.

De 1929 en adelante presenciaremos un reforzamiento de la influencia yanqui en el país y una serie de intentos para restringir las conquistas del pueblo en la revolución, y aun para liquidar algunas.

Pero la lucha de los campesinos por la tierra y el movimiento obrero se desarrollan incontenibles. Por otra parte, en el período de las crisis y a favor de condiciones creadas por la reducción de las importaciones y de productos manufacturados y de las inversiones de capital extranjero, se desenvuelven algunas ramas de la industria de transformación y se refuerzan ciertos sectores de la burguesía nacional. Más tarde, al comenzar el nuevo incremento de la producción industrial en los EE. UU. se hace sentir la influencia capital yanqui para ampliar sus mercados en la América Latina, para intensificar el saqueo de los productos naturales de estos países y aun para absorber negocios industriales, comerciales e agrícolas que antes el capital extranjero abandonaba a la burguesía y a los agricultores y comerciantes nativos.

De aquí viene que la burguesía industrial de nuestros países, apoyándose en las masas populares, se esfuerce por defender los intereses de la nación, que hasta cierto punto coinciden con los suyos propios y que son opuestos a los intereses del imperialismo. La burguesía industrial aspira a crear un mercado interno para el desarrollo económico independiente y la industrialización del país. El capital extranjero está interesado en frenar la industrialización para asegurarse un mercado y una fuente de materias primas y de mano de obra barata. Esta es la contradicción irreducible, agudizada extraordinariamente en la situación actual.

En México, estos factores han dado lugar al movimiento cardenista, que en el Gobierno y en el Partido Nacional Revolucionario, lucha contra los millonarios y terratenientes (Calles, «Azúcar», S. A.» etc.) asociados al capital yanqui; intenta limitar la explotación del país por las compañías extranje-

Pasa a la cuarta página